



## PARTE SEGUNDA

### La campaña

#### CAPITULO PRIMERO

Aumento de la insurrección.—La prensa cubana.—Pesimismo y alarma.—Organización de las fuerzas filibusteras.—Opinión acerca de la guerra.—Temores de sublevación en Pinar del Rio.—Expedición filibustera á Bahía Honda.—Telegrama oficial.—Informes del general Martínez Campos.—Organización militar de la provincia de Puerto Príncipe.—Fortificación de Gibara.—Destrucción de la vía férrea de Gibara á Holguín.—Ataque del Puente Grande.—El teniente Suarez.—El general Suarez Valdes y el general mulato Maceo.



A progresión creciente del movimiento insurreccional en la provincia de Santiago de Cuba, y la invasión del Camagüey por Máximo Gomez, que había llegado á Puerto Príncipe cruzando la frontera al frente de dos mil hombres, burlando la vigilancia de las tropas que se habían enviado al departamento central para detenerlo, determinó al general en jefe del ejército de operaciones en Cuba á pedir al Gobierno tropas adicionales para sofocar el nuevo levantamiento é impedir su propagación á

otras provincias del suelo antillano, y salir á campaña á dirigir personalmente las operaciones con ánimo de imprimir á estas mayor actividad en la persecución de las partidas rebeldes.

La invasión del departamento central de la isla (Camagüey) significaba que la insurrección que hasta entonces había estado limitada á la provincia de Santiago de Cuba (departamento Oriental) iba á hacer teatro también de sus fechorías la contigua de Puerto Príncipe.

Centenares de isleños se unieron á Gomez al aparecer en el Camagüey, y el marqués de Santa Lucía nombrado sustituto de Martí, tomó de nuevo las armas acompañado de buen número de jóvenes cubanos de buenas familias.

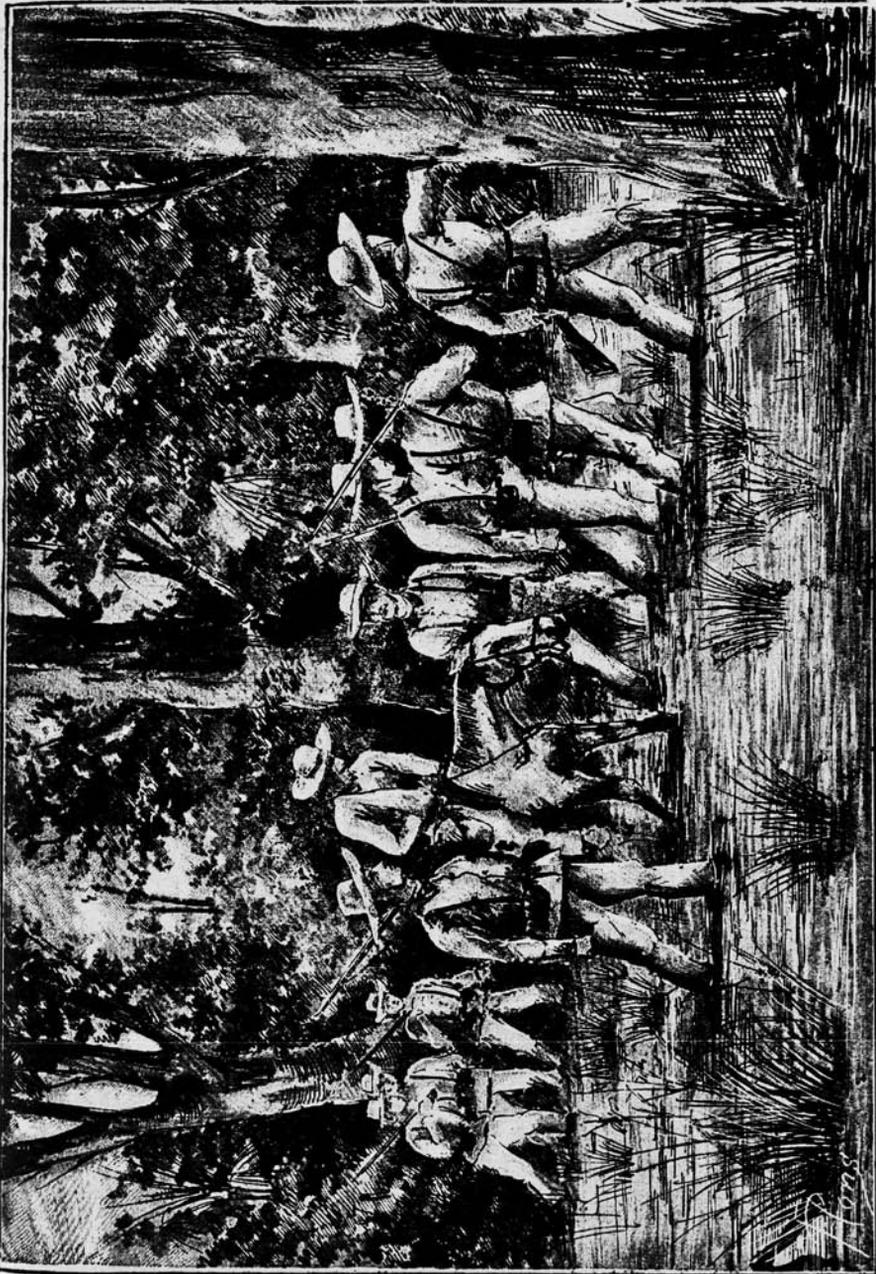
Los revolucionarios embargaron las cosechas de café, cacao y tabaco en el interior y prohibieron á los hacendados que llevasen sus productos al mercado.

El gobernador militar de Santa Clara, general Luque, estableció una nueva línea estratégica militar en la frontera de la provincia, con objeto de impedir una invasión por los rebeldes de Puerto Príncipe.

Antonio Maceo, que quedó de *mayor general* de las fuerzas insurrectas en la provincia de Santiago de Cuba, con mil doscientos hombres destrozó el 6 de Junio el ferrocarril de Gibara á Holguin, cerca de Auras y saqueó al día siguiente los poblados de Santa Lucía y Fray Benito en la jurisdicción de Holguin.

\* \* \*

La prensa cubana llegada á la península aquellos días, reflejaba en sus columnas el estado de los ánimos en la isla y el juicio que á la opinión merecía la guerra que asolaba los ricos y fértiles campos de la hermosa Antilla.



...por tener que caminar con fango hasta la rodilla... (pág. 548)

El *Diario del Comercio*, de Guantánamo, refería que las partidas de José Maccó y Periquito Pérez, hicieron descarrilar el tren ascendente de Caimanera á Jamaica (Cuba), quemando siete vagones nuevos de plataforma y dos coches de viajeros.

Creían los insurrectos, según les oyeron decir algunos pasajeros que iban en el tren, que este conducía al general Martínez Campos.

Se valieron de los reparadores para levantar los rieles de la vía y detuvieron á los viajeros en el monte hasta que hubieron consumado el descarrilamiento.

Otra partida insurrecta, después de saquear la tienda del ingenio *Romelia*, amarró á un árbol á dos de los capataces de la finca, blanco el uno y el otro de color, y los machetearon horrible y villanamente. El que menos de aquellos infelices presentaba catorce heridas en su destrozado cuerpo.

*La Opinión*, de Pinar del Río, daba cuenta de la detención á la llegada del tren general de pasajeros, el día 26 de Mayo, de cuatro jóvenes de 18 á 20 años, que llegaron á la estación de aquella ciudad, procedentes de la Habana, indocumentados todos, y los cuales al ser interrogados por el inspector señor Urbietta manifestaron que su objeto era dar un paseo hasta Guanés.

Conducidos al Gobierno provincial dijeron llamarse Ramón Cabrera, Mario Castellano, Emilio Espinosa y Aurelio Royo, todos estudiantes y vecinos de la Habana.

Su viaje, según opinión del citado periódico, obedecía á manejos revolucionarios y á intentos de alterar el orden público en la rica provincia de Vuelta Abajo.

La línea ferrea de Santiago de Cuba á San Luis, fué ocupada militarmente.

Otro periódico de aquella ciudad refería que dos cubanos llamados Ramón Sanchez y Américo Rosario, identificados como individuos que

habían peleado á las órdenes de Maceo en el ataque de El Cristo, fueron detenidos por la policia en el momento de pretender embarcarse para Filadelfia.

Al primero le fueron ocupados varios pliegos cifrados para la Junta revolucionaria de Nueva York.

El segundo se hallaba convaleciente de varias heridas.

\* \* \*

En Sancti Spiritus se agitaba la idea entre el comercio y los hacendados, de formar cuatro escuadrones, comprometiéndose á pagar los caballos, las monturas y la manutención de los animales.

Las armas y municiones debia proporcionarlas el Gobierno y los escuadrones habian de ser mandados por un capitán y los tenientes del cuerpo de voluntarios. á quienes se les asignaría el mismo sueldo que disfrutaban los del ejercito, abonándose á los individuos igual sueldo que á los soldados de caballería.

Del citado *Diario del Comercio* copiamos las siguientes líneas, por creer que el hecho que refiere merece ser consignado en estas páginas para estímulo de los que lo llevaron á cabo y por él se hicieron acreedores al reconocimiento de la Madre patria.

«Hemos oído hacer los más vivos elogios acerca del heroico comportamiento de los cuatro prácticos de la segunda guerrilla montada de Simancas, los cuales en los momentos en que el fuego era más intenso, en la acción de Jovito, y teniendo que llevar un parte al jefe de la columna, se brindaron voluntariamente á desempeñar tan arriesgada comisión atravesando pié á tierra por entre los fuegos del enemigo, las fuerzas de Simancas y las escuadras de Santa Catalina, en el supremo instante en que más reñido era el combate.

»Al llegar sanos y salvos junto al jefe y entregarle el parte, prorrumpieron en vivas á España, á Simancas y al teniente coronel señor Bosch, después de haberse jugado cien veces la vida llevados de su patriotismo.

»Hechos de tal naturaleza no deben quedar ignorados á fin de que la opinión pública secundando las justas alabanzas de sus dignos compañeros de armas, admiren en los prácticos don Cecilio Urgellés, don Amador Cuenca, don Ramón Torres y don Nicolás Gomez, el valor y serenidad de cuatro valientes patriotas que merecieron bien de la patria y se hicieron acreedores á una honrosa recompensa por parte del Gobierno de S. M.»

Los cuatro prácticos eran cubanos.



GENERAL LUQUE

De otro periódico de Nueva York, órgano de los laborantes cubanos y defensor del separatismo, tomamos las siguientes líneas referentes á la organización de las fuerzas filibusteras, según el plan del difunto agitador José Martí.

Presidente y jefe político; vacante por fallecimiento de don José Martí, blanco.

Generalísimo: Máximo Gomez, blanco.

Primera división que comprende las jurisdicciones de Cuba, Guantánamo y Baracoa:

Mayor general: Antonio Maceo, de color.

Brigadier: José Maceo de color.

Jefes: Periquito Perez, blanco; Quintín Banderas, de color; Victoriano Garzón, de color; Alfredo Goulet, íd.; Félix Romeu, íd.

Segunda división que comprende las jurisdicciones de Manzanillo, Bayamo y Cauto:

Mayor general: Bartolo Massó, blanco.

Brigadier: José Rabí, de color.

Jefes: Amador Guerra, blanco; Jesús Rabí, de color; Joaquín Rector, blanco; Juan Vega, de color; Saturnino Loza, blanco.

Tercera división que comprende las jurisdicciones de Holguín, Mayari, Las Tunas y Guaimaro.

Mayor general, vacante.

Brigadier: Francisco Borrero, blanco.

Jefes: José Miró y Argenter, blanco; Angel Guerra, blanco; Luis de Féria, blanco; N. Marrero, blanco.

*Santiago de Cuba* 30 Mayo de 1895.

\* \* \*

La penosa impresión que en nuestro ánimo dejó la lectura] de la prensa cubana, unido á las contradictorias noticias que circulaban en la Península acerca de la marcha de la guerra y la decisión del general en jefe de aquel ejército de salir á campaña y dirigir personalmente las operaciones, nos decidieron á pedir informes á persona competéntísima en asuntos de guerra, residente en Santiago de Cuba, referentes al estado de la insurrección en el departamento Oriental.

Nuestro ilustrado informante establecía, en su respuesta á nuestra

carta, como condiciones indispensables para sofocar la insurrección, las circunstancias siguientes:

Que se reforzara el ejército expedicionario con *treinta mil* hombres y que fuera un teniente general á ponerse á las órdenes del general en jefe.

Consideraba preciso, además, que se aumentasen las fuerzas que operaban en Santiago con quince batallones, con ocho las de Puerto Príncipe y con otros siete ú ocho, también, las de las Villas y Matanzas.

En cuanto al teniente general, explicaba el informante la necesidad de su envío, por la conveniencia de que estuviesen constantemente bajo la dirección inmediata de un mando los generales que se hallasen en operaciones, cosa que no podía suceder con la precisión y regularidad exigidas, cuando el general Martínez Campos, por ineludibles atenciones del gobierno en la isla, se viera precisado á abandonar frecuentemente el teatro de la guerra para trasladarse á la Habana.

Respecto al estado y marcha del movimiento insurreccional hacía constar en la misma carta que la insurrección que había estallado con caracteres verdaderamente gravísimos, ofrecía á la sazón aspectos menos temerosos, desde el punto de vista de la duración de la guerra.

\* \* \*

Tan pronto como tuvo conocimiento el gobernador militar de Pinar del Río, señor Morós, de que se trataba de alterar el orden público en la provincia de su mando, dispuso que con la escasa fuerza que contaba se formase una columna volante al mando del capitán don Carlos Rodríguez, la cual saliera á recorrer los términos de Cabañas, Mariel, Bahía Honda, Artemisa y Cayajabos

Reconocidos esos términos por la columna, no se notó alteración de ninguna clase, y aunque se dijo que el bandido Perico Delgado merodeaba con su banda por allí, no llegó á adquirirse conocimiento exacto de que el dicho fuese cierto.

Las tropas fueron muy bien recibidas por el vecindario de dichas poblaciones, que las obsequió con bebidas y cigarros.

Sin embargo, en una correspondencia fechada en Cayo Hueso y que publicó *Las Novedades* de Nueva York, leímos la siguiente noticia.

«En la noche del miércoles (5 de Junio) llegó aquí del golfo, una pequeña embarcación que se acercó á la parte Oriental de este Cayo y ancló muy cerca de la playa.

»A los pocos momentos echó al agua un bote que vino á tierra con mensajes para los cabecillas cubanos que desde hace días esperaban aquí instrucciones de la isla.

»Enseguida salieron mensajeros de confianza en todas direcciones para avisar á los que se habían alistado, y á las pocas horas pudieron ver los habitantes de esta localidad, grupos de cubanos armados y equipados que se dirigieron á la playa y embarcaron en el buque que estaba anclado.

Obsérvase que faltan de sus amarras muchas embarcaciones menores, y que han desaparecido también muchos revolucionarios de nota, entre ellos los *generales* Roloff y Serafin Sanchez.

»Aquí prevalece la suposición de que se dirigen á Bahía Honda, donde habrán de reunírsele otros buques expedicionarios con contingentes de Tampa y de Jacksonville, formando todos ellos una formidable expedición.

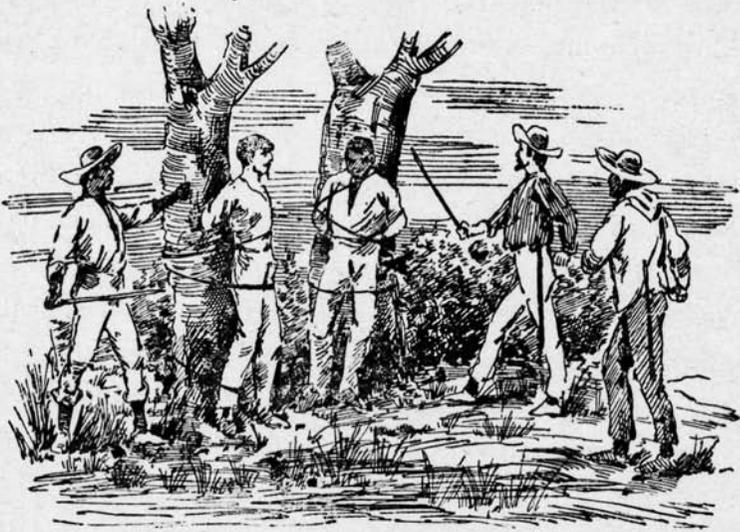
»Aunque los cabecillas de aquí tratan de guardar el secreto, se sabe que el número de los expedicionarios de este Cayo, ascienden á *ciento setenta y cinco*.

Bahía Honda se halla situado en la costa de la provincia de Pinar

del Río, y de ahí seguramente nacieron los rumores de agitación que nos comunicó nuestro celoso corresponsal en la Habana.

\*  
\*  
\*

En la madrugada del 23 llegó á la Habana el general Martínez Campos.



blanco el uno y el otro de color y los machetearon horrible y villanamente... (pág. 530)

Al siguiente día comunicó al Gobierno el siguiente despacho oficial:

«Habana 24.—En el encuentro de San José, el enemigo tuvo 24 heridos, y fué muerto el cabecilla Cazallas, procedente de Camajuani, y otros dos, habiéndose presentado nueve.

El día 21 y 22 fué batida una partida en Puerto Benjamo, haciéndose al enemigo tres muertos y teniendo nosotros un herido.

Se ha presentado el mulato Príncipe.

A la partida Montejo, perseguida por la sección Hernán Cortés, se le hicieron cinco prisioneros.

Se confirma la muerte del cabecilla Borrero en el ataque de Altigracia.— *Campos.*»

Contestando á los informes que el Gobierno tenía pedidos acerca de sus impresiones relacionadas con el estado de la insurrección, curso de las operaciones de guerra, envío de refuerzos, necesidades de la campaña y cuantía de los recursos indispensables para sostener todos los gastos durante un período determinado, expresó el ilustre general en jefe del ejército de Cuba, en los siguientes términos:

«La insurrección vá extendiéndose y es muy probable que aun adquiriera mayores proporciones; pero teniendo en cuenta la presente estación propóngome economizar, cuánto posible me fuera, penalidades innecesarias al ejército en operaciones, limitando éstas á las puramente indispensables para tener á raya á los insurrectos, y para la defensa de los poblados y propiedades que pudieran ser objeto de sus ataques.

»Considero por consecuencia que con las fuerzas de que dispongo, aumentadas con las que componen la nueva expedición que está embarcándose, tendré elementos bastantes para llegar á mediados de Septiembre ó primeros de Octubre sin grandes dificultades, proponiéndome emprender entonces nuevamente y con extraordinario vigor las operaciones.»

\* \* \*

El ilustre caudillo revelaba, además, en su telegrama de información, que tenía impresiones mucho menos pesimistas de las que en co-

municaciones anteriores había expuesto, respecto al curso de la insurrección y dificultades para dominarla.

El Gobierno acordó apoyar resueltamente al general Martínez Campos, y preocupóse, así mismo, de cooperar á que los automistas y portorriqueños saliesen del retraimiento.

El general en jefe dió la siguiente organización militar á la provincia de Puerto Príncipe:

Dividió la provincia en dos centros de operaciones; Oriental y Occidental.

En cada centro debía operar una brigada: la primera á Oriente, bajo las órdenes del general Serrano Altamira, y la segunda á Occidente, mandada por el coronel García Aldaba.

El distrito debía mandarlo el general de división, don José Giménez Moreno.

En Gibara, el aspecto de la población era tranquilo y reinaba gran entusiasmo en la fortificación de la villa.

La suscripción popular abierta con este objeto, ascendía ya en aquella fecha á *cuatro mil* pesos.

El espíritu público era excelente en toda la isla, lo cual daba la seguridad de la adhesión y lealtad á España del país cubano.

Con los nuevos refuerzos que se enviaban y estaban embarcándose, se reunirían en Septiembre, en la isla un ejército de *cincuenta mil* soldados regulares, bien adiestrados, y cuarenta barcos de guerra.

Esto, y la actitud de los Estados Unidos, ya correctísima, quitaría toda ilusión á los insurrectos y les haría desmayar en su loca empresa, determinando entre ellos la pronta deposición de las armas ante la imposibilidad de resistir á nuestros valientes soldados, con los cuales rehuían todo encuentro.

\* \* \*

Según nos comunicó por carta nuestro corresponsal especial en Holguín, el día 5 de Junio y hora de las 7 de la mañana próximamente, viéronse cruzar la vía férrea de Gibara á Holguín, por junto el kilómetro 27 de la línea, numerosas fuerzas insurrectas al mando de los cabecillas Maceo, Miró, Rarí, Sartorius y otros, en dirección á Purnio.

Al llegar á unas lomas que hay cerca de Guajavales hicieron alto, y llevados de sus feroces instintos de destrucción, destacáronse unos cien hombres, los cuales mientras el grueso de las fuerzas se situaba detrás de la loma y colocaba á la vista su centinela de vanguardia quedaron destrozando la vía.

Cerca del sitio nominado Piedra Picada, levantaron algunos rieles, cortando á hachazos las traviesas y tirando los tornillos y grapas que sugetaban aquéllos á una alcantarilla que había á corta distancia, y la cual destruyeron después.

Las líneas telegráficas y telefónicas de aquellos alrededores fueron también cortadas y destruídas.

Luego se corrieron en dirección del paradero de Aguas Claras, y destruyeron otrá alcantarilla.

Al llegar al Puente Grande, con ánimo sin duda de hacer nuevos destrozos, se encontraron frente á un grupo de soldados, compuesto de doce hombres al mando del sargento Miguel González, destinados á cubrir la línea y pertenecientes al destacamento que guarnecía el citado poblado.

Diéronles el ¡alto! y al contestar las tropas ¡viva España! hicieronles fuego.

El sargento y los doce individuos á sus órdenes contestaron, cruzándose entre ambos bandos nutrido tiroteo.

Al percibir los disparos el comandante del destacamento, teniente de infantería del regimiento de la Habana, don Eusebio Suárez García, dispuso en el acto la salida de veinte hombres en auxilio de sus com-



Puesta en marcha la columna en busca del enemigo., (pág. 547)

pañeros, al mando del teniente de infantería de marina, á sus órdenes, don Juan Ruiz, los cuales unidos á los pocos momentos á aquellos batiéronse desde el puente, rodilla en tierra, durante media hora.

\*  
\* \* \*

Al observar los centinelas de la vanguardia de los insurrectos, que las tropas del destacamento habían acudido en auxilio del grupo que

defendía el puente y que sostenían el fuego, dieron aviso á sus jefes, los cuales ordenaron la salida de otros doscientos hombres, para que en dos direcciones distintas atacasen el puente.

Visto esto por el comandante del puesto, señor Suárez, y comprendiendo que el copo de sus soldados era inminente, por no disponer de más fuerza, salió con cuatro números para ordenar á los suyos la retirada.

Al llegar al puente, dió orden al teniente Ruiz de batirse en retirada, y colocándose al frente de aquel grupo de valientes, emprendió una ordenada retirada, acosado y perseguido por el enemigo, hasta ganar el fuerte.

El enemigo, entonces, se retiró dejando de hostilizarles.

Como complemento á estos detalles, insertamos la versión oficial remitida por el comandante general del apostadero de la Habana, señor Delgado Parejo.

Decía la comunicación de referencia:

«En la jurisdicción de Gibara ha sido atacado por Maceo, Rabí y Miró, que llevaban *mil doscientos* hombres, un destacamento de *diez y seis* soldados de infantería de Marina, pertenecientes al segundo batallón del segundo regimiento. los cuales después de defenderse heroicamente cerca de una hora contra fuerza tan superior, fueron auxiliados por el teniente del mismo cuerpo don Juan Ruiz, que mandaba *veinte* soldados.

La lucha continuó cuerpo á cuerpo, lográndose salvar los pocos soldados de una muerte segura, batiéndose en retirada con gran orden hasta el fuerte, donde continuaron atacando al enemigo hasta dispersarle.

No obstante la terrible refriega, solo hubo cuatro bajas en nuestros soldados.

Desde un principio se echó de menos á un soldado llamada Ignacio Carril, al cual se le encontró más tarde en la manigua muerto á machetazos.

Los otros tres desgraciados que tan dignamente murieron defendiendo el honor de su patria y su bandera, se llamaban Antonio Cancela, Fidel Fiol y José Ramos.

También resultó herido de arma blanca en la cabeza otro soldado.

El destacamento de los diez y seis hombres había salido de Aguas Claras á proteger la vía férrea que va de Gibara á Holguín, encontrándose al enemigo en el camino.

Es digno de grandes elogios el valor demostrado por el teniente Ruiz, sargento y soldados de infantería de Marina á sus órdenes, lanzándose á luchar con un número tan considerable de enemigos».

\* \* \*

Ampliando detalles de esta lucha épica, recibimos de uno de nuestros celosos corresponsales en el teatro de la guerra los siguientes informes:

«Custodiando la vía de Aguas Claras, encontrábanse allí, doce hombres de la segunda compañía del segundo batallón de infantería de Marina, los que, á campo descubierto, sin fuerte ni trinchera donde parapetarse, sostuvieron refido fuego con los dos mil hombres de Maceo, quemando nuestros soldados hasta el último cartucho, quedando allá muertos, con los casquillos al lado, dos de aquellos valientes, Antonio Cancela y José Ramos, viniendo á Holguín por entre la manigua algunos otros, y sin que se sepa hasta hoy nada, de tres de ellos.

Personas que han visto los cadáveres de los dos soldados muertos por el enemigo, dicen que están acribillados á balazos en gran número de partes. Es decir, que esos dos valientes que han muerto heroicamente cumpliendo su deber, defendiéndose con diez compañeros más

contra dos mil hombres, esos dos valientes, no fueron respetados por el enemigo, ni aun después de muertos.

Uno de los tres que se internaron en el monte, llamado Jerónimo Blanco Incógnito y que milagrosamente ha escapado con vida, cuenta lo siguiente:

—Viéndonos ya perdidos, sin cápsulas que disparar y con más de mil hombres que nos venían encima, nos escondimos en el monte, saltamos un maizal y vimos un bohío donde había una mujer.

Temiendo que ésta nos denunciase al enemigo, cambiamos de dirección internándonos algo en la manigua, teniendo necesidad de detenernos y agacharnos, para que el ruido de la hierba no llamase la atención de los de la partida, que ya cruzaban demasiado cerca. Pasó la caballería y no nos vió; pero después, un grupo de la infantería nos dividió, haciéndonos prisioneros.

Nos ataron á la cola de un caballo, y así fuimos conducidos un largo trecho, hasta que uno de los jefes, dijo:

—Soltarlos ahí en ese monte.—Nosotros respiramos, creyéndonos ya salvados; pero notando que no nos soltaban, sino que nos conducían á algunos pasos de la orilla del monte, exclamamos:

—¡Por Dios, no nos maten!—Entonces un negrazo, que, á pesar de llevar en una oreja una argolla de metal como la que usan las mujeres, tenía aspecto de fiera, y después resultó serlo, nos contestó cogiéndome por la muñeca con la mano izquierda.

—No tengas cuidado; yo seré tu padrino.

Y diciendo esto, comenzó á descargar sobre mi cabeza y cuerpo tremendos machetazos, en tanto que con mi compañero hacían otros lo mismo.

• Nos dejaron tendidos en el suelo creyéndonos muertos, no sin razón, pues motivos había para estarlo. Como yo había oído hablar de la ferocidad de los mambises, contenía la respiración y no me costó tra-

bsjo hacerme el muerto, porque hasta creo que lo estaba y he resucitado, permitiendo esto la Virgen del Carmen para que cuente lo que han hecho con nosotros y sepa todo el mundo qué clase de gente es esa; pero mi compañero se quejaba de los agudos dolores que sentía y como lo oyeron los de la partida, que ya se alejaban, dijo uno:

—Todavía viven esos sinvergüenzas. Vamos á rematarlos.



BOHÍO DEL DESTACAMENTO «EL MULATO»

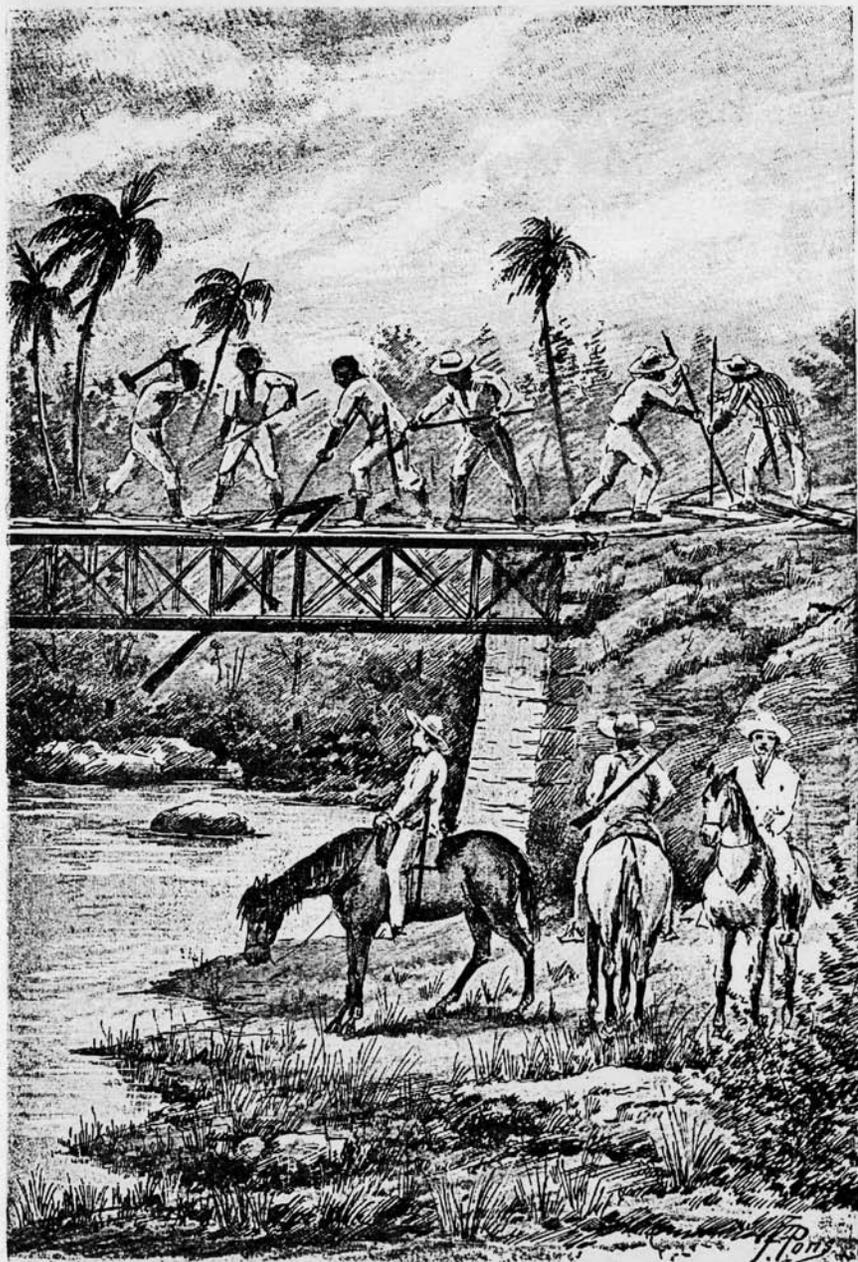
—Dejarme á mí,—exclamó otro y acercándose á mi compañero, lo destrozaron por completo, dejándolo muerto de verdad.

A mí me empujaron con el pié y dijeron:

—Este no necesita más; ya está despachado.

Se fueron, y creo que yo también me fuí para el otro mundo, pues todo el día y la noche de ayer, han pasado para mí inadvertidos.

El soldado se llama Jerónimo Blanco Incógnito, y es natural de Miaño, provincia de Pontevedra, y pertenece á la segunda compañía del segundo batallón de infantería de Marina.



DESTRUCCIÓN DE UN PUENTE POR LOS INSURRECTOS



Los machetazos recibidos por Blanco Incógnito en la parte superior de la cabeza, habíanle destrozado esta por completo, dividiendo el cráneo de tal manera, que sin exagerar puede decirse que en la herida le cabía holgadamente una mano cerrada.

El infeliz soldado presentaba las siguientes heridas: Una profunda de tres centímetros en el hombro izquierdo; otra de cinco centímetros en la paletilla del mismo lado, que interesaba el hueso; otra de *id. ídem* que dividía los músculos posteriores de la base del cuello y dejaba al descubierto la columna vertebral; otra que se extendía desde la mitad posterior del cuello hasta reunirse en ángulo con otra transversal que corría desde el hoyo occipital á raíz del pelo, hasta la oreja izquierda. Este mandoble dividió completamente la apófisis mastoidea izquierda y por la acción del músculo que á ella se ata por arriba y que va hacia adelante y abajo á atarse junto al hoyuelo del cuello y la clavícula, se separó del cráneo como una pulgada, lo cual unido á la retracción del colgajo en forma de > en la conjunción de ambas heridas, ofrecía un aspecto de horrible degolladura que horripilaba.—Otra también transversal, tres centímetros por encima de la anterior, como de ocho centímetros que dividía el occipital en todo su espesor; y otra paralela á ésta, cuatro centímetros más arriba y de igual longitud, que cortaba la parte superior del hueso en forma de casquete esférico, siendo recta la parte de abajo, por servirle de límite el corte del hueso de la otra herida.

La ciencia médica representada en el hospital de Holguín por los reputados doctores Bellver, Atienza y Toledano, extremó todos los recursos para salvar al soldado Jerónimo Blanco Incógnito.

El tren que salió de Gibara á las siete de la mañana del día en que tuvo lugar el combate de Aguas Claras, tuvo que detenerse en Auras, por habersele roto un tornillo á la máquina que lo arrastraba. Este accidente y la consiguiente demora para reparar la avería ó desperfecto, dió tiempo á que se recibiera el aviso telegráfico comunicado desde Aguas Claras y se dieran las órdenes oportunas á Cibara para que saliese otro tren de auxilio conduciendo las fuerzas disponibles, las cuales llegaron á aquella estación cuando ya la partida se había retirado.

También salieron de Holguín cien hombres de infantería de Marina al mando del comandante don Julio Díaz de la Torre.

En total salieron doscientos veinte y cinco hombres: veinte y cinco para reforzar la guarnición de Aguas Claras, cien para Auras y otros cien para Cantimplora.

El enemigo pudo realizar, sin embargo, los vandálicos hechos que dejamos narrados, porque desde Holguín fué materialmente imposible hacer más de lo hecho, ó sea prestar más pronto auxilios, por encontrarse todas las fuerzas en operaciones en las inmediaciones de Cauto, á las órdenes del general Suárez Valdés, quien parece operaba con su columna por aquellas cercanías en combinación con otras fuerzas, á fin de impedir el paso de Máximo Gómez al Camagüey.

Por otra parte, la importancia de la plaza de Holguín constantemente amenzada por el enemigo, impedía desprenderse por completo de todas las fuerzas que la guarnecían.

De todos modos, los que se enteraron al detalle de todo lo hecho y de los elementos con que se contaba, opinaron que los encargados del despacho de aquella división, en ausencia del general Valdés, hicieron cuánto pudieron y quizás evitaron que el enemigo intentase apoderarse de Holguín.

Según refirieron algunos fugitivos procedentes de Fray Benito, las partidas insurrectas tomaron la dirección de Holguín, lo cual que-

dó confirmado por la noticia que posteriormente se tuvo de que habían atravesado el poblado de Auras en aquella dirección.

\* \* \*

Al tener conocimiento el general Suarez Valdés, por el parte que le enviara el teniente Suarez, de la presencia del enemigo por aquellas inmediaciones, salió con la columna en la dirección que aquél le señalara, llegando al anoecer del día 7 á una jornada de Holguín, donde acampó y pernoctó para dar descanso á sus tropas y esperar el día.

Noticioso Maceo de la proximidad del general, por confidencias que recibió al entrar la noche del 7, y no dudando de que su presencia obedecía al intento de atacarle, envióle un propio con una nota en que le decía, que estaba muy cerca de él, y que al amanecer le tendría á su disposición para librar un combate.

El general contestó al emisario que aceptaba el reto y aguardaría la mañana para entablar la lucha.

Precisamente el bizarro general Valdés no tenía otros deseos que batir á los insurrectos.

Mas, el *valiente general* mulato, una vez tuvo la garantía con la respuesta que á su nota habíale dado el jefe de la columna, de que las tropas españolas no le molestarían hasta por la mañana, ya fuera porque deseara continuar su ruta, ó porque dudase del éxito de un combate con el contingente de fuerzas del general, que llevaba más de dos mil hombres, apresuróse á levantar el campo y emprendió la marcha, aprovechando la obscuridad de la noche, en dirección á las próximas colinas.

La ansiedad que devoraba á nuestro ilustre general por ver llegar

la hora de medir sus fuerzas con las del jefe insurrecto, túvole toda la noche en vela.

Era tal su impaciencia por ver asomar por Oriente el carro de la Aurora, que momentos hubo en que llegó á pensar que la noche iba á ser eterna; tan largo parecía el tiempo que el astro del día tardaba en volver á aparecer en el horizonte.

Mas, como todo tiene fin en este mundo, y las leyes de la Naturaleza son inmutables, y el curso de los astros no puede interrumpirse ni estos dejar de obedecer al mandato de su Creador, llegó el momento deseado.

Con un suspiro de satisfacción saludó el general la aparición del alba, que con su rosada tinta iba tiñendo de luz bosques y colinas, y enseguida apercibióse á la lucha, dando las oportunas órdenes á sus ayudantes de campo para que las transmitieran á los jefes de los batallones á sus órdenes.

Puesta en marcha la columna en busca del enemigo, pues no quiso esperar á ser atacado y si atacar él, pronto se convenció de su candidez en dar crédito á la nota de Maceo, comprendiendo entonces que el reto que le enviara el *general* mulato no había sido más que un ardid de que se había valido éste para huir durante la noche y evitar el encuentro.

Al comprender la burla que le había jugado el *mayor general* de los insurrectos, el pundonoroso Suarez Valdés se exasperó y maldijo su candidez, jurando no descansar un momento y continuar la persecución del cobarde filibustero hasta encontrarlo y obligarle á batirse.

